# El Club de los Raros. Jordi Sierra i Fabra. Ilustraciones de Tomás Hijo

Español (Preparatoria 4 Vidal Castañeda y Najera - UNAM)



messages.pdf_cover_qr_code_label

messages.downloaded_by

messages.studocu_not_sponsored_or_endorsed_by_college

EL BARCO DE VAPOR

# El Club de los Raros

## Jordi Sierra i Fabra

**Ilustraciones de Tomás Hijo**



studocu
messages.downloaded_by

www.
literaturasm
.com

Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2015
© de las ilustraciones: Tomás Hijo, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

*A mí mismo, tartamudo y raro,*
*con mucho orgullo y honra.*

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by



messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

# 1
## El tartamudo

Hugo se sentía raro.

Siempre había sido así, desde muy pequeño.

Para empezar, cuando balbució sus primeras palabras, todo lo decía por triplicado:

–¡Pa-pa-pá! ¡Ma-ma-má! ¡Yo-yo-yo!

Sus padres creían que era para insistir, para dejarlo claro, o tal vez porque para eso estaba aprendiendo a hablar.

Pero no.

Un día, en lugar de decir «pa-pa-pá», dijo:

–P-p-p-p-pa-p-p-p...

Y no llegó a la última sílaba.

Peor aún: dejó de respirar, empezó a ponerse verde, azul, violeta, más bloqueado que un camello en el Polo Norte.

–¡Hugo, respira! –se alarmó su padre.

–¡Que te ahogas! –se asustó su madre.

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

–¡Arranca! –le dio un golpecito en la espalda su abuela, que era más práctica.

Y lo intentó.

–P-p-p...

No pudo.

Fue la primera vez, pero no la última. Desde ese momento, todas las palabras que empezaban por ce, pe o te, por ejemplo, las alargaba hasta lo indecible, y muchas veces no conseguía completarlas. Lo de ponerse verde, azul y violeta fue habitual. Lo de dejar de respirar, un tormento. En cuanto abría la boca, su familia lo miraba con cierta angustia.





studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Estaba claro que no era un juego, ni una fase del aprendizaje infantil. A Hugo le pasaba algo, y ese algo tenía un nombre.

–El niño es tartamudo.

Toma ya.

Lo primero que aprendió Hugo es que la vida es injusta, porque para definir lo que le sucedía se empleaba una palabra impronunciable para él. Una palabra con dos tes, una de las letras malditas, porque vibraba en la boca.

–¿Qué te pasa, niño?

–Nada, es que soy t-t-tar-t-t-tamudo.



studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

A Hugo le gustaban tres bebidas, y el colmo de su mala suerte era que no podía pedirlas, porque una empezaba por *c*, otra por *p* y la otra por *t*: Cola-loca, Popsi-cola y Tri-limón.

A los siete años, Hugo ya no hablaba demasiado. ¿Para qué?

A los ocho se limitaba a asentir con la cabeza.

A los nueve empezó a pasarlo mal en el colegio.

Siempre había chicos mayores dispuestos a meterse con los pequeños, pero más aún con los que, según ellos, eran raros o tenían defectos.

Había dos o tres energúmenos que en cuanto le veían gritaban:

–¡El tartaja!

Y se liaba.

Unas veces se burlaban de él, otras le imitaban, otras incluso le daban collejas, y lo peor era que el resto de la clase les reía las gracias.

A Hugo, esto le dolía mucho.

Así que cuando empezó a estudiar de verdad, a partir de los diez años, el colegio acabó convirtiéndose en un infierno para él. Lo aborrecía. No quería ser pasto de las burlas de los demás. Tonto no era; al contrario, leía mucho y se sabía inteligente, pero como le daba vergüenza hablar, los profesores no le apoyaban mucho.


studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

Bueno, había una profesora que sí.

La profesora Amalia, la de Sociales.

Gracias a ella, Hugo le sacó una ventaja a su «defecto», pues Amalia le ponía buena nota aunque no hubiera estudiado.

Por ejemplo, se aprendía las cinco primeras líneas del tema que les había mandado estudiar, y luego, en clase, Amalia le pedía que lo cantara, literalmente, para que no se tropezara. Hugo recitaba:

–El-im-pe-rio-ro-ma-no-se-for-mó-con-Rómu-lo-y-Re-mo-dos-her-ma-nos-que-un-día-se-per-die-ron-y-una-lo-ba-los-a-ma-man-tó-y-p-p-p-p-p-p-p-p...

Justo al llegar adonde no se sabía más, se ponía a tartamudear adrede, y la buena de Amalia le decía:

–Bien, bien, Hugo, tranquilo, ya vale. Veo que te sabes la lección.

Y le ponía un ocho.

Así que, por lo menos, le sacaba algo de provecho a lo suyo. Aunque era muy poco comparado con lo mal que se sentía y lo mal que le hacían sentir los demás.

Su padre solía decirle:

–Mira, Hugo, lo tuyo no es un defecto, es solo una circunstancia. Tú al menos sabes que eres tar-

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

tamudo. Es mucho peor ser idiota, como todos los que se ríen de ti, y no saberlo. Tranquilo, que a esos tarde o temprano la vida les pasará factura.

A Hugo, la factura que les pasase la vida a los energúmenos le daba igual.

Su vida era ahora.

El futuro, aunque fuese el lugar en el que iba a vivir, quedaba muy lejos.

A los once años, su vida escolar era ya terrible.

Por eso, al empezar aquel curso, se alegró de encontrar a alguien como él.

¿Tartamudo?

No, no precisamente.



studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by

# 2
## El disléxico

Ese día, el primer día del curso, en clase de Matemáticas, el nuevo, Bernardo, confundió un 3 con una E y un 4 con una A. Cuando metió la pata por tercera vez, toda la clase (menos Hugo) estalló en una carcajada.

Bernardo se puso tan verde, azul o violeta como se ponía Hugo.

–¿Y a ti qué te pasa? –se enfadó Rodolfo, el profesor, que era más duro que una piedra.

–Es que...

–A ver... –suspiró el profesor, cansado de que los alumnos se inventaran algo para que no les preguntara los deberes.

–Es que... soy disléxico –balbució el niño.

Nadie sabía lo que era eso, pero daba lo mismo. La clase entera volvió a estallar en una carcajada.

–¡Silencio! –tronó la voz del señor Rodolfo mientras su bigote de puercoespín se ponía de punta.

studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by




Y siguió observando a Bernardo, que parecía decir la verdad.

–Me-me-me... lo dijeron hace unos me-me-meses, profesor.

–¿Así que es verdad?

–Sí.

–Bueno... Pues ya lo hablaremos –añadió el profesor, mientras miraba también a Hugo.

Cuando acabó la clase, un par de chicas y chicos se acercaron a Bernardo para preguntarle:

–¿Qué has dicho que te pasaba?

–Que soy disléxico –bajó la cabeza él, temeroso y avergonzado.



studocu
messages.pdf_cover_qr_code_label
messages.downloaded_by